

El pulso ondulante de la metaforización en terminologías de lengua española

MAREK BARAN
Uniwersytet Łódzki

1. INTRODUCCIÓN

Con las líneas que siguen intentaremos acercarnos a uno de los fenómenos más llamativos tanto de la semántica como de la terminología. Dicho fenómeno resulta, al menos para algunos, un tanto problemático: las distintas terminologías científicas parecen destacar por una marcada tendencia hacia la neutralidad de sus denominaciones; no son nada escasas las directivas de los organismos de sistematización terminológica en las que se hace de ese principio la herramienta de todo sistema de denominación científica. La metáfora terminológica iría, aparentemente, en contra de ese principio, constituyendo un riesgo de malentendidos y equivocaciones. Nuestras reflexiones constituyen un acercamiento a estos peculiares “escándalos” léxicos que se han introducido (y que siguen implantándose) en distintas terminologías.

Los límites que nos tenemos que imponer en el marco de ese breve estudio no harán posible un análisis exhaustivo del problema: así, nos vemos obligados de señalar que el mecanismo mismo de la metaforización terminológica, en la misma medida que las distintas interpretaciones que se dan a ese fenómeno, constituirán los puntos básicos de nuestras observaciones. Basándonos en los ejemplos tomados de las terminologías médica, micológica, económica, informática y marinera, nos esforzaremos en esbozar algunas posibilidades del análisis semántico de las metáforas terminológicas. El hecho de referirnos a las terminologías de campos muy variados, aunque arriesgado, no es casual: nos ha parecido más prometedor detectar algunos rasgos específicos del fenómeno de la metaforización en terminología que llevar a cabo un análisis detallado del léxico de un determinado campo del lenguaje especializado.

2. LAS METÁFORAS CRISTALIZADAS EN LA TERMINOLOGÍA

Los estudios centrados en el fenómeno de la metáfora tienen una larga tradición y, no sin razón, durante siglos fue la figura considerada como el tropo central de la Retórica. Centradas al principio en la dimensión literaria (o poética), las reflexiones sobre el proceso de metaforización se abrían poco a poco hacia nuevos caminos, desembocando en los complejos análisis que tenían en cuenta no solamente los valores estilísticos de la figura, sino también, y de forma patente, los valores semánticos y pragmáticos. Aunque la cuestión se presenta como realmente apasionante, no intenta-

remos siquiera esbozar la trayectoria de los estudios sobre la metáfora desde la perfecta lingüístico-funcional: la tarea de tal índole necesitaría un largo espacio que no nos podemos permitir en el marco de ese breve artículo; señalemos, únicamente, que hoy en día la metáfora puede considerarse como una compleja operación semántica e interpretativa, típica del lenguaje humano, estrechamente vinculada con la penetración en el dominio significativo de los lexemas, cuya finalidad está relacionada con el esfuerzo cognitivo general¹.

Como hemos advertido más arriba, nuestro punto de partida constituye una muestra de metáforas que, de momento, decidimos denominar simplemente como "metáforas terminológicas". En el primer acercamiento al objeto de nuestro análisis conviene preguntarnos ¿cómo asociar la metáfora con las terminologías científicas caracterizadas, entre otras cosas, por una función referencial dominante y su tendencia marcada hacia la neutralidad de denominaciones? Ese paso podrá permitirnos reflexionar sobre las funciones del procedimiento metafórico en distintas terminologías.

Cuando citamos los términos tomados de la terminología médica tales como: *vientre en acordeón*, *amputación en raqueta*, *araña vascular*, *célula fantasma*, *corazón péndulo*, *mano apostólica*, *parto vicioso*, *pulso-caprizante*, *respiración cavernosa*, *síndrome de la cola del caballo* o *trompa auditiva*, no resulta difícil adivinar que estamos ante unos peculiares desplazamientos semánticos de naturaleza metafórica. El cambio metafórico, ya a primera vista, no se presenta, sin embargo, como un cambio semántico que nos es conocido, por ejemplo, de la poesía. Es de suponer, por lo tanto, que el procedimiento metafórico estudiado desde hace siglos y, sobre todo, desde la perspectiva literaria o retórica, se da bien presente tanto en el lenguaje común como en las terminologías, obedeciendo, en éstas últimas, a unos mecanismos especiales.

¿Cómo situar, entonces, la metáfora en la terminología? A nuestro juicio, no cabe duda de que una de las posibles interpretaciones consiste en adscribir ese fenómeno dentro de la formación y de la naturaleza de las denominaciones. Si nos detuviéramos brevemente sobre posibles formas de crear términos que funcionan en las llamadas lenguas especiales, afirmaríamos, indudablemente, que en principio las terminologías científicas cuentan con denominaciones nuevas específicas, o formas resultantes de derivación, conversión o abreviación. En muchos casos son términos con bases latinas o griegas, hoy también de procedencia anglosajona, relativamente difíciles de descifrar para la mayoría de los usuarios de la lengua. No cabe duda de que en muchos casos, para evitar equivocaciones, es necesario asignar a los conceptos nuevos denominaciones también nuevas. Sin embargo, los medios de los que disponen para ello los lenguajes especializados son limitados. Como señalan acertadamente Arntz & Picht², la creación de palabras nuevas en el sentido más estricto, es decir, la formación de palabras que no se base en elementos lingüísticos ya existentes, sigue siendo una rara excepción. Por lo tanto, las lenguas han de remitirse constantemente a algo ya

¹ La definición que proponemos está inspirada en las reflexiones de G. KLEIBER (1983): *Métaphore et vérité. De CHOSE et d'autres*, Publications du Groupe *Anaphore et Deixis*, No. 3, 1990.

² ARNTZ, R. & H. PICHT (1989): *Introducción a la terminología*, trad. del alemán del equipo dirigido por Amelia de Irazzábal, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1995, 146-7.

conocido y existente (recordemos las palabras de Humboldt quien decía que el desarrollo continuo de la lengua representa el método de “hacer un uso infinito de medios finitos”)³.

Los terminólogos, entre numerosos recursos de creación de términos, citan la terminologización: el procedimiento por el que la palabra, dentro de un lenguaje especializado, recibe un significado muy concreto. En general se suele ejemplificar la terminologización con los denominados trasvases de significado, a menudo de naturaleza metafórica: *culebra* o *araña* son, por ejemplo, denominaciones de cabos empleados en la navegación: unas palabras del lenguaje común tienen su aplicación metafórica en una determinada terminología y, aquello, como sugieren muchas de las monografías dedicadas a la terminología, encuentra su base en el reconocimiento de una serie de similitudes (de forma, función, etc.). De momento el fenómeno parece muy sencillo: la metáfora terminológica sería fruto de analogía. Efectivamente, muchos de los ejemplos que hemos encontrado parecen confirmar esa tesis: hay muchos nombres combinados metafóricamente que están motivados por similitudes de forma, función y posición, pero ¿qué hacer con denominaciones científicas de origen metafórico cuya motivación no se basa en la semejanza de carácter objetivo, natural, casi física, de fácil comprobación? ¿Dónde deberíamos buscar la motivación de términos que, en la teoría de economía, remiten a unas estrategias de marketing o estrategias comerciales y, por su naturaleza, son conceptos que se están acercando a unas nociones abstractas? (como ejemplos podríamos citar *defensa comecocos*, una estrategia emprendida por aquella empresa que se encuentra en peligro de ser adquirida por un tiburón financiero y que consiste en lanzar una contraopa contra la empresa enemiga, o *paracaídas dorado*, que es una cláusula existente en los contratos de determinados altos cargos empresariales según la cual, en caso de que las empresas en las que desempeñan su trabajo cambien de manos o en caso de que sean despedidos, tendrán derecho a una cuantiosa compensación).

La pregunta por la naturaleza de la analogía (si la hay) es una de las primeras preguntas que nos podríamos plantear a la hora de analizar las metáforas terminológicas (dicha analogía, como hemos visto, puede ser tanto objetiva, nombrémoslo así, o imaginaria; o también, fundada en una imagen convencionalizada, estereotipada ligada con el término que constituye la base de la metáfora)⁴.

Para analizar rasgos destacados y relevantes del fenómeno de la metaforización terminológica, recurramos a unos ejemplos más; empecemos, pues, por una de las terminologías más antiguas que, además, de cualquier manera nos resultará familiar por referirse a dolencias y enfermedades que, desgraciadamente, padecemos. Las fuentes que hemos consultado a lo largo de nuestras investigaciones sobre la terminología médica indican, por ejemplo, que ya para los primitivos anatomistas, el cuerpo

³ Citado por Arntz & Picht, *ibidem*.

⁴ No olvidamos que se ha discutido mucho el concepto de analogía y de su validez a la hora de explicar el modelo de formación de la metáfora. Somos conscientes de que, por ejemplo, para H. Friedrich, la metáfora hace desaparecer o destruye la analogía (FRIEDRICH, H., 1956: *Die Struktur der modern Lyrik*, cit. en WEINRICH, H., 1976: *Lenguaje en Textos*, Madrid, Gredos, 1981, 377). Teniendo en cuenta la innegable diferencia de grado que se da en la figura, sostenemos, sin embargo, que el concepto de analogía puede resultar útil en el análisis semántico del fenómeno.

humano era un auténtico “zoo” con referencias a los términos animales más dispares⁵. Así, en nuestro cuerpo existe un *apéndice vermiforme* —del latín *vermis* ‘gusano, lombriz’—, una *cresta de gallo* (→ papiloma de origen venéreo), un *pie de ganso*, una *cola equina*, un *músculo canino*. Además, muchos de los nombres de las enfermedades, infecciones, malformaciones o síntomas se basan en referentes animales; la terminología médica conoce, por lo tanto, *vientre de araña*, *boca de carpa*, *boca de lobo*, *boca de tapir*, *dolor mosca*, *pierna de elefante*, *fiebre larvada*, *mano de mono* (→ extensión permanente del pulgar por parálisis del nervio mediano), *marcha de gallo* (→ forma de nadar propia de la persona afectada de parkinsonismo), *ojo de liebre* (→ estado en el cual los párpados no pueden cerrarse completamente por parálisis), *vértigo a crápula* (→ vértigo consecutivo a una indigestión por comida copiosa), *fractura en mariposa*, etc.

El reino vegetal está igualmente presente; se han formado términos como: *rama del pubis*, *tronco arterioso*, *vientre de madera*, *vesícula fresa* (→ una infección de epidermis), *urticaria* (→ del latín *urtica* ‘ortiga’), se habla, por ejemplo de la *arborización de los vasos capilares*. [Es también la nomenclatura de los hongos y de las setas, la que recurre con frecuencia al reino animal o vegetal; así en la terminología micológica tenemos, por ejemplo, *oreja de liebre*, *pie de gallo*, *hígado de buey*, *cuesco de lobo*, *seta coliflor*].

Los ejemplos citados hasta ahora pueden sugerirnos que un paso previo al análisis del proceso mismo de la metaforización terminológica podría ser la clasificación semántica de las denominaciones metafóricas; así deberíamos preguntarnos por la definición del término objeto del análisis (es importante detectar la clase semántica a la que pertenece el término que estudiamos: de momento, hemos citado nombres de enfermedades, dolencias, síntomas, deformaciones, malformaciones, partes del cuerpo; se podrían añadir también algunas técnicas de intervención o instrumentos, cuya base puede ser perfectamente metafórica). El paso siguiente consistiría, quizás, en determinar la significación literal de la palabra que constituye la base o el origen de la metáfora (así podrá descubrirse cómo el sentido recto de las voces queda trasladado a otro, figurado); hasta ahora nos hemos apoyado en términos creados a la base de nombres de animales o de plantas, el abanico es, sin embargo, mucho más amplio y, en la terminología médica, abarca también:

—cosas comunes, objetos: no nos resultarán nada extraños términos anatómicos tales como: *canal*, *cámara*, *columna*, *suelo*, *pared*, *techo*, *arco*...

—referentes alimentarios: aquí tenemos, por ejemplo: *células de avena*, *leñgua afresada*, *corazón de pan* y *manteca* (→ de pericarditis fibrosa), *orina de Coca-Cola* (→ de glomerulonefritis aguda)...

—referentes literarios o mitológicos: *síndrome de Pickwick* (→ asociado a una hipoventilación pulmonar), *enfermedades venéreas* (→ deben su nombre a la diosa Venus)...

⁵ Véanse también a MARTÍN-MUNICIO, A. (1992): “La metáfora en el lenguaje científico”, *Boletín de la Real Academia Española*, LXXII (1992), 221-49.

—los términos geográficos parecen también extraordinariamente abundantes en la terminología médica: *estómago en cascada, golfo, hígado tropical, lago lagrimal, laguna cerebral, lengua montañosa* (→ lengua cuyo aspecto es semejante al de la piel arrugada), *monte de Venus, nido, pulso en meseta...*

Ahora, preguntándonos por la naturaleza de los semas que constituyen la base de la metáfora, podemos constatar que éstos pueden evocar elementos de índole muy diversa: visuales, sonores, cromáticos, relativos al tacto, movimiento, forma, gesto o, incluso, olfato. Así tenemos: *respiración ondulante, abasia trepidante, parálisis agitante, pulso: elástico, rampante, saltón, ondulante, vibrante, funicular...* Sustancias y sus rasgos están evocadas en: *tos húmeda, dispepsia pútrida, bronquitis fétida, gangrena gaseosa, hemoglobinuria fría...* Se podrían citar muchísimos ejemplos más, así como más tipos de motivaciones.

Ahora bien, las denominaciones que acabamos de presentar en ningún caso forman parte de las metáforas libres, características, por ejemplo, de la poesía. En seguida nos damos cuenta de que la libertad de interpretación queda absolutamente excluida en el caso de ese tipo de metáforas (la libertad de interpretaciones constituiría un enorme riesgo de equivocaciones, que no pueden ser admitidas en el campo de las ciencias). Por consiguiente, tenemos que presentar esas metáforas como unas formaciones lexicalizadas y fijadas en lenguas de especialidad. Pero el criterio de lexicalización parece insuficiente: en la vida diaria empleamos, casi sin darnos cuenta, muchas metáforas lexicalizadas, pero no estamos ante unas metáforas terminológicas. Y aquí viene una precisión importante: cada término médico, micológico, económico o informático de origen metafórico debe corresponder a una definición precisa de orden terminológico: la palabra tomada de un determinado campo de partida, metafóricamente motivada, adquiere el estatus de un término científico exactamente a través de la definición, y, a menudo, en el marco de un texto especializado⁶. A diferencia de las metáforas libres (vivas), las metáforas terminológicas no dependen del contexto, refiriéndose a conceptos genéricos y no a objetos separados o individuales.

3. LA METÁFORA TERMINOLÓGICA EN EL ANÁLISIS DE ÍNDOLE ESTRUCTURAL.

A la hora de perfilar lo que ha de entenderse por “metáfora terminológica”, no podemos hacer caso omiso del proceso mismo que hace posible la transposición metafórica. La primera propuesta metodológica encuentra sus fundamentos en la aplicación de los principios de la semántica estructural que ve en la metáfora ante todo una peculiar reorganización sémica. Para todos aquellos que desarrollan la idea de la metáfora como una especial organización sémica⁷ cada paradigma constituye un peculiar almacén de sememas que pueden ser actualizados en el proceso metafórico. La genera-

⁶ Es también R. Kocourek quien insiste en esa característica distintiva de las metáforas cristalizadas que se presentan en terminología (KOCOUREK, R., 1994: “Set Metaphors in English Linguistic Terminology”, en *ALFA 1994/95*, vol. 7/8, Dalhousie University.

⁷ Pensamos sobre todo en los estructuralistas franceses, de los que deberíamos mencionar en primer lugar a Greimas (GREIMAS, A. J., 1979: *Sémiotique. Dictionnaire raisonné de la théorie du langage* [en colaboración con J. COURTÉS], Paris, Hachette).

ción de unidades creadoras de sentido caracteriza, en esta óptica, a cada paradigma metafórico: el discurso, en sus realizaciones concretas, retiene un significado, otros elementos quedan excluidos del marco del paradigma del origen. La creación de sentido se da en virtud de las diferencias que existen entre las unidades que participan en la operación. De esta forma, la función metafórica se basaría en el procedimiento sustitutivo cuya característica principal es la explotación de paradigmas de diferencias. El lexema, una vez operada la transferencia entre las dos unidades, conserva únicamente algunos de sus semas originarios: los demás quedan “en suspenso”⁸.

El *cabo muerto* de la terminología marítima podría servirnos de ejemplo para ilustrar esa tesis (el *cabo muerto* es un cabo firme empleado en la navegación que sirve para la sujeción permanente de algo). El lexema “muerto”, en sus distintas acepciones, podría explicarse como:

- ‘que no tiene vida’,
- ‘sin actividad, fijo’,
- ‘sin brillo, de color apagado’,
- ‘terminado’...

En el caso del *cabo muerto* rasgos tales como: ‘humano - que no tiene vida’, ‘sin brillo’, ‘terminado’, se ven neutralizados, así que la característica principal sobre la cual va a construirse la analogía se limita al grupo sémico ‘inactivo, fijo’: el cabo muerto no cambia de posición, es algo fijo.

Asistimos de esa manera a una puesta entre paréntesis de algunos semas virtuales del lexema en cuestión. Es de suponer que el tipo de reorganización sémica puede mostrar algunas variaciones en función de la categoría de la metáfora: Le Guern⁹, por ejemplo, establece las diferencias entre las metáforas nominales, verbales y adjetivas según el tipo de elementos suspendidos en el nivel de denotación (así, en el caso del primer grupo, la “puesta entre paréntesis” afectaría a los semas nucleares, mientras que en el caso de las metáforas verbales y adjetivas, se trataría principalmente de semas contextuales o genéricos). De todas maneras, la abstracción de cierto número de elementos de significación y su puesta de relieve constituye el fundamento en la elaboración de nuevo concepto de naturaleza metafórica.

4. LA METÁFORA TERMINOLÓGICA EN LA SEMÁNTICA COGNITIVA

El proceso de metaforización, así como el hecho mismo de recurrir a las metáforas en terminología, puede recibir otra interpretación, o, simplemente, una interpretación suplementaria que se fundamenta en los principios de la denominada semántica cognitiva. La corriente que mencionamos constituye, sin duda alguna, un paso relevante en la constitución de la teoría moderna de la metáfora. De acuerdo con los postulados teóricos de la lingüística cognitiva, la figura empieza a considerarse como una manifestación especial e integrada de nuestras habilidades cognitivas. No se trata únicamente de un elemento más explicado a través de tal enfoque: la metáfora

⁸ HERRERO PRÁDANOS, R. (1996): *Descripción lingüístico-funcional de la metáfora a través de la lengua poética de la Generación del 27*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 107-9.

⁹ LE GUERN (1976): *La Metáfora y la Metonimia*, Madrid, Cátedra.

constituye una de las herramientas en la exposición de la concepción cognitiva del lenguaje en general: las teorías cognoscitivas reivindican el papel esencial que tiene la metáfora en todos los ámbitos, demostrando que, en ningún caso, puede tratarse de un fenómeno relegado al campo de la lengua literaria. Los maestros del planteamiento cognitivo de la metáfora. Lakoff & Johnson sugieren que la manipulación de los objetos mediante la cual nos relacionamos con el mundo exterior, así como nuestra percepción visual y la percepción del espacio y del movimiento, son fundamentales en la constitución del significado¹⁰. La metáfora vista desde entonces como un proceso mental específico en el cual entendemos un dominio de experiencia en términos de otro se sitúa, por consiguiente, en el nivel del pensamiento. Lakoff & Johnson no suelen explicar las expresiones metafóricas una por una (aunque son perfectamente capaces de hacerlo), sino que intentan formular generalizaciones sobre expresiones metafóricas, demostrando cómo éstas últimas forman sistemas coherentes dentro de nuestra estructura conceptual. Por ejemplo, en muchos idiomas existen las metáforas conceptuales que dan a entender que *más es arriba* y *menos es abajo*¹¹ (los ejemplos de esos peculiares esquemas de imágenes podrían multiplicarse).

En la gran mayoría de las metáforas conceptuales el dominio origen (el dominio del que tomamos metáforas) resulta ser más tangible que el dominio destino. La direccionalidad <de lo concreto a lo abstracto> es absolutamente normal en la metáfora: sacamos partido de aquellos dominios que están bien delimitados en nuestra experiencia y los utilizamos para entender otros dominios que resultan ser menos claramente delimitados en nuestra experiencia.

Los acercamientos a las metáforas presentes, por ejemplo, en la terminología económica conducen a la hipótesis según la cual, por lo menos en algunos casos, éstas últimas se agruparían también en torno a diferentes campos conceptuales. J. Gómez de Enterría¹², ante términos tales como *la convulsión en los mercados financieros*, *sincofes inflacionistas*, *las estructuras esclerotizadas*, *el virus amarillo* (que indica el poder de inversión de los japoneses), observa que las crisis económicas se expilcan en los mismos términos en los que se alude a la enfermedad de las personas: la gran metáfora conceptual podría definirse aquí como <la economía es un ser humano>. Pero no es la única manera de conceptualizar la economía: otro campo conceptual posible es <la economía es la guerra>: parece sintomático que al referirnos al mercado libre, decimos: *la peseta recupera posiciones*, *ofensiva contra el déficit*, *el dólar retrocede frente al marco*, *la estrategia del sector*, etc. La misma autora indica que otras veces la especialización semántica nos transmite la idea de que la economía está sujeta a las leyes naturales y responde a los procesos y reacciones de la física y de la química, así tenemos: *mercados emergentes*, *goteos a la baja*, *el reflotamiento de la moneda*, *los altibajos en las cotizaciones*, *capital circulante*, *capitales febriles*, *dinero*

¹⁰ LAKOFF, G. & M. JOHNSON (1980): *Metaphors We Live by*, Chicago University Press. Véanse también Santos Domínguez, L. A. & R. M. Espinosa Elorza (1996): *Manual de Semántica Histórica*, Madrid, Síntesis, 20.

¹¹ HILFERTY, J. (1993): "Semántica lingüística y cognición", *Verba*, 20 (1993).

¹² GÓMEZ DE ENTERRÍA, J. (1992): "Neología y préstamo en el vocabulario de la Economía", *Anuario de Estudios Filológicos*, XV (1992), 104.

caliente, costes hundidos, créditos blandos, tierra quemada (→ una estrategia comercial), *márketing en cadena...*

Las metáforas económicas podrían ser un ejemplo más para confirmar la tesis según la cual la comprensión humana de las complejidades tanto físicas como abstractas se logra mediante una serie de metáforas profundamente embebidas en nuestro pensamiento y en nuestro lenguaje.

El campo de la terminología informática proporciona otras muestras de motivación metafórica: la experiencia física de caer queda trasladada, por ejemplo, al terreno de la alta tecnología: la interrupción de la comunicación con el ordenador central adquiere la denominación de *caída*. Con el *aborto*, por su parte, se indica una operación terminada de manera prematura; *bicho* puede designar a un fallo de hardware, con *huérfana* nos remitimos tanto a la primera línea de un párrafo puesta sola al pie de una página de texto como a una línea vacía. Los ordenadores *corren*, o sea, funcionan bajo un sistema operativo concreto; puede ocurrir igualmente que sus aplicaciones *migren* a otros sistemas en condiciones de compatibilidad. Hay que reconocer que muchas metáforas cristalizadas de la terminología española de informática se han creado en una lengua extranjera (se trata principalmente del inglés) y posteriormente se han adaptado a la lengua receptora. La metáfora informática destaca, sin embargo, por otro rasgo, mucho más específico. Parece que esta vez estamos ante un tipo muy curioso del desplazamiento metafórico que podríamos clasificar como una metáfora verbal-icónica. Los términos a los que nos referimos coexisten, de cierto modo, con las imágenes que aparecen en la pantalla del ordenador: el nombre está directamente relacionado con un ícono y, por consiguiente, por lo menos en muchos casos, asistimos a una peculiar desmotivación del término.

5. EL PORQUÉ DE LAS METÁFORAS EN LA TERMINOLOGÍA

Los ejemplos que hemos repasado hasta ahora invitan a reflexionar sobre el porqué de las metáforas en terminología. ¿No constituiría su presencia en el campo científico un real riesgo para la coherencia en el plano de expresión? A nuestro juicio tal riesgo es mínimo o incluso inexistente: hemos subrayado anteriormente que las metáforas terminológicas se ven siempre sometidas al control de una definición especializada. A diferencia de las metáforas libres, las metáforas cristalizadas de terminología no dependen del contexto, al referirse a los conceptos genéricos y no a los objetos separados, individuales. Las denominaciones científicas de origen metafórico destacan, sin duda alguna, por su carácter alusivo y por su poder evocativo. No son elementos superfluos, sino términos que, en muchos casos, abrevian y hacen el razonamiento más claro. Las metáforas terminológicas poseen, pues, unos valores conceptuales y pedagógicos innegables. Los componentes asociativos, organizadores de la experiencia cognoscitiva, se ofrecen a nuestra atención como objetos de observación y como instrumentos a través de los cuales es posible la tarea de observar¹³. Al final deberíamos preguntarnos si fue realmente la lingüística cognitiva la primera que reco-

¹³ PRETA, L. (1992), "Pensar Imaginando", en *Imágenes y metáforas de la ciencia*, Compilación de Lorena Preta, vers. esp. de N. Sánchez Sainz-Trapaga, Madrid, Alianza Editorial, 1993, 20.

noció esas características de la metáfora en general y de la metáfora terminológica en particular. Por supuesto no; basta con citar a Aristóteles quien da por entendido que la metáfora no es únicamente un adorno del discurso sino que constituye también un importante agente de persuasión y un destacable catalizador del proceso del aprendizaje. No olvidemos que la metáfora aristotélica es un instrumento importante en la adquisición de conocimiento, puesto que al encontrarse en la base de las abstracciones, ayuda a penetrar en la estructura de la realidad y posibilita la elaboración de conceptos nuevos que abarquen realidades nuevas. El quehacer de la ciencia sigue encontrando su apoyo en lo que podríamos denominar imaginación visual y metafórica, en el sentido más amplio de la palabra.

El planteamiento estructuralista así como el enfoque cognitivo, referidos ambos al fenómeno de la metaforización terminológica, constituyen únicamente dos propuestas metodológicas que podrían ser aplicadas en el marco de los análisis semánticos de las metáforas lexicalizadas. Si nuestras apreciaciones no son erróneas, habrá que concluir que la subclase de desplazamientos metafóricos que hemos recalado presenta unas peculiaridades que la distinguen de otros tipos de metáforas. En su análisis, sin embargo, pueden conciliarse los acercamientos lingüísticos de índole varia, aplicados también al estudio de otros fenómenos del lenguaje.